



Un *thriller* emocionante que arranca con el descubrimiento de una cuenta secreta abierta por una familia judía a principios de la Segunda Guerra Mundial.

Confianza

Charles Epping

Traducción de
Marcelo Reyes

Rocaeditorial

Título original inglés: *Trust*
© 2006, Charles Epping

Primera edición: enero de 2009

© de la traducción: Marcelo Reyes
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-71-4
Depósito legal: M. 54.983-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Elemér y Roswitha

*Tout m'est suspect: je crains que je ne sois séduit.
Je crains Néron; je crains le malheur qui me suit
D'un noir pressentiment, malgré moi prévenu.*

Todo me resulta sospechoso: temo que me seduzcan.
Temo a Nerón; temo la desgracia que me persigue
De un negro presentimiento entrevisto a mi pesar.

Jean Racine, *Britannicus*, acto V, escena I

Prólogo

Estación del Este, Budapest, 21 de mayo de 1938

—**A** mí no pueden hacerme nada, cariño. Soy ciudadano húngaro, al fin y al cabo. Tengo todo el derecho del mundo a pasar por Austria, por mucho que esté ocupada por los nazis.

—*Figyelem!*¹

—*Pasajeros del Orient Express con destino a Viena, Zúrich, Basilea y París. Andén número nueve.*

Aladár Kohen miró a través de la espesa nube de humo de su puro que inundaba la cabina del teléfono. La sala de espera de primera clase se estaba vaciando rápidamente.

—Tengo que dejarte, querida. Ya es la tercera vez que... Sí, te llamaré en cuanto llegue. —Recogió de prisa sus periódicos—. No te preocupes, me encargaré de que tu dinero quede a salvo, quiero decir, de que nuestro dinero quede a salvo.

—*Atención, por favor. El Orient Express se dispone a efectuar su salida. Andén número nueve.*

—Ahora sí tengo que dejarte. Besos para István y Magda. Adiós. *Csókolom*. Sí, querida, mi traje está perfecto. Nos hemos visto hace dos horas ¿recuerdas?

Aladár apagó el puro, cogió sus periódicos y se dirigió a la planta principal de la estación con su maleta de cuero en la mano.

Al detenerse a recoger su sombrero del colgador, echó un vistazo al gran espejo dorado que había a la izquierda y sonrió. Con su traje a rayas, su sombrero de estilo Eden y su corbata

1. «Atención», en húngaro.

oscura, pensó que tenía todo el aspecto de un banquero..., incluso de un banquero suizo.

—*Atención, por favor. El Orient Express se dispone a efectuar su salida.*

Salió corriendo de la sala de espera, sin advertir que tenía en su camisa y en su corbata algunas manchas de sopa y pequeñas migajas que se le habían quedado adheridas mientras comía a toda prisa en el restaurante de la estación.

—*Atención, por favor. Última llamada.*

Mientras se apresuraba entre la multitud, se le cayeron al suelo varios suplementos de los periódicos. No se detuvo a recogerlos. Tampoco importaba. Las noticias eran iguales en todos ellos. Desde el *Pesti Naplò* local o el *Pester Lloyd*, publicado en alemán, hasta el *Neue Zürcher Zeitung* o el *Manchester Guardian*, todos coincidían en que el *Anschluss*, la anexión de Austria por parte de Hitler, era sólo el principio.

Llegó al tren justo cuando el revisor estaba retirando los escalones de madera del coche cama.

—*Kérem a jegyét!* —El hombre alargó la mano mientras le pedía los billetes.

Aladár rebuscó frenéticamente en sus bolsillos.

—Tienen que estar por aquí... —Abrió su billetera de piel y se le cayeron varios billetes y algunos papeles. Al arrodillarse para recogerlos, notó una oleada de vapor caliente que salía de debajo del coche cama, un vagón azul oscuro de la *Compagnie des Wagons-Lits*.

Un agudo pitido resonó desde el otro extremo de la estación. Aladár miró avergonzado al empleado.

—No sé dónde están. Hace una hora los tenía.

Mientras se incorporaba, el revisor vio los billetes, que le sobresalían por el bolsillo izquierdo de la chaqueta. Enseguida le ayudó a subir y sopló su silbato. Unos segundos después, el tren empezó a moverse.

En el compartimento, Aladár colocó su maleta sobre la cama y sacó el neceser que le había regalado su suegro antes de morir, dos años atrás.

Aladár deslizó sus dedos por la mullida piel marrón: una de las mejores que había producido la fábrica Blauer. Todavía podía oír la voz de su suegro hablándole de los suizos.

—*Akarmi is lesz*, pase lo que pase, siempre puedes confiarles tu dinero. Son honrados, saben guardar un secreto y, sobre todo, saben mantenerse al margen de cualquier guerra.

El señor Blauer decía a menudo que su decisión de mantener el dinero de la familia en Suiza durante la Gran Guerra le había permitido —a él y a la fábrica de cuero— sobrevivir al caos y a la inflación de la posguerra. Ahora le correspondía a Aladár ocuparse de que la fortuna de los Blauer sobreviviera a la conflagración que se avecinaba.

Oyó pasos en el pasillo. Una hermosa mujer morena estaba cruzándolo. Aladár sonrió. La mujer se detuvo un momento y luego siguió adelante. Él se asomó fuera del compartimento y la vio desaparecer por la puerta del coche cama de segunda clase. Un tenue rastro de Chanel número 3, uno de sus favoritos, flotaba aún en el pasillo.

Volvió a sentarse en la cama y miró por la ventanilla las grandes extensiones de trigo y cebada junto a las que se deslizaba el tren. En un momento dado, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y palpó las tres pequeñas llaves que llevaba en su interior. Pensó en la llamada que había recibido la pasada semana del banquero de la familia Blauer en Viena.

—Sólo hace un mes que formamos parte del Tercer Reich —había susurrado el banquero, un hombre estoico en condiciones normales—, y ya han empezado a apoderarse de cuentas bancarias de titulares judíos. Gracias a Dios usted transfirió todo a Suiza antes del *Anchluss*. ¿Cómo sabía...?

—En realidad, fue idea de Katalin.

El tren se detuvo con un chirrido. Aladár se asomó por la ventanilla y vio una gran bandera ondeando sobre el puesto fronterizo. La imagen de la esvástica negra, en el centro de la enseña roja y blanca, hizo que se estremeciese. Volvió a sentarse. Abrió su pasaporte y miró el nombre que figuraba en la primera página: Kohen. El nombre del que tan orgulloso se sentía su padre; tan orgu-

lloso que no había querido cambiárselo como habían hecho la mayoría de las familias judías de Budapest a principios de siglo.

Quizás ésa era la razón de que su padre hubiera seguido siendo un profesor de poca monta, mientras que las familias judías con apellidos alemanes, como los Blauer, ascendían por la escala económica y social.

Aladár oyó gritos que venían de las vías. Se volvió y vio a tres guardias fronterizos sacando a una mujer del tren. Ella iba arrastrando por el suelo el forro de su abrigo. Era la misma mujer que había visto un rato antes cruzando el pasillo. Siguió observándolos hasta que los guardias la empujaron hacia el interior de un pequeño edificio que tenía la palabra HEGYESHALOM² escrita sobre la puerta. Por lo visto, los húngaros vigilaban la evasión de capitales y detenían a quienes trataban de sacar objetos de valor del país.

Cuando llegaron al compartimento de Aladár, se limitaron a echar una rápida ojeada a sus cosas. Obviamente, ya habían aprendido que los pasajeros de primera clase disponían de medios más ingeniosos para sacar el dinero y las joyas del país, y que no tenían necesidad de llevarlos cosidos en el forro de sus abrigos.

Unos minutos después, llegaron los guardias fronterizos nazis.
—*Heil Hitler!*

Tras un rápido saludo, le dijeron que abriera la maleta.

Uno de los guardias, un joven rubio con fuerte acento austriaco, le pidió el pasaporte. Aladár se lo entregó sin decir palabra. Su corazón latía con fuerza.

Observó al guardia, que leyó su nombre con atención y le entregó el pasaporte a un hombre de traje oscuro y brazalete nazi que aguardaba en el pasillo. El hombre anotó cuidadosamente el nombre y la dirección de Aladár en un pequeño cuaderno con tapas de piel y luego le devolvió la documentación y siguió su recorrido.

2. Pueblo fronterizo húngaro.

Una vez que hubieron desaparecido, Aladár cerró con llave la puerta de su compartimento y la mantuvo así durante todo el trayecto a través de Austria, o de Ostmark, como ahora la llamaban. Österreich, el «Imperio del Este», había pasado a formar parte del Tercer Reich. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que ocurriera lo mismo con Hungría?

Aladár se tumbó y cerró los ojos. Intentó dormir, pero acabó contando las horas mientras se dirigían hacia los Alpes... y hacia la frontera suiza.

«Podría haber ido por el sur —se dijo, aunque eso hubiera implicado pasar por Zagreb, Trieste y Milán, y luego cruzar los Alpes por el Paso de San Gotardo para llegar a Zúrich—. Pero ¿habría sido tan distinto? ¿Habrían resultado menos amenazadores los fascistas italianos teniendo un apellido como el mío?»

Al amanecer abrió las cortinas y vio los Alpes, que brillaban con tonos de color naranja sobre el cielo azul oscuro. La visión de aquellos picos impresionantes siempre lograba conmoverle.

Las cimas, intactas y coronadas de nieve, le hacían sentirse ingrátido, como si lo elevaran a su altura y lo alejaran de todas sus preocupaciones.

En Buch, los guardias fronterizos nazis fueron mucho más concienzudos que cuando entraron en Austria.

Se lo revisaron todo, incluidos sus utensilios de afeitado. No hallaron nada de importancia; dejaron desparramadas todas sus pertenencias y continuaron su recorrido.

Los guardias fronterizos suizos, por su parte, resultaron extraordinariamente educados. La entrada o la salida de dinero y oro nunca habían sido restringidas en Suiza. Se limitaron, simplemente, a preguntarle por los motivos de su visita.

—Tengo una cita con mi banquero en Zúrich —les contestó en inglés.

—Bienvenido a Suiza.

Le devolvieron el pasaporte sin más preguntas.

—Al hotel San Gotardo, por favor. —Aladár subió a un reluciente taxi negro aparcado frente a la estación de Zúrich—. ¿Podría ir bordeando el lago? Hace un día muy bonito, ¿no le parece?

Aunque hablaba alemán con fluidez, Aladár siempre utilizaba el inglés o el francés cuando estaba en Suiza, por temor a que su acento alto alemán lo hiciese pasar por un *Dütsche*, un ciudadano alemán, cosa que quería evitar a toda costa.

Abrió la ventanilla del reluciente Buick Sedan e inspiró profundamente. El aire olía a heno recién segado y tenía un leve aroma a estiércol. Se asomó un poco. La orilla del lago estaba festoneada de campos verdes y villas dispersas. Todo tenía un aspecto limpio y fresco, y las casas y los botes parecían estar cada uno en su sitio, como las minuciosas miniaturas de un tren de juguete.

—¿Sabe qué montaña es ésta? —Aladár miraba guiñando los ojos un pico cubierto de nieve que se elevaba entre la niebla al otro lado del lago—. Allí, ¿lo ve? —Lo señaló con excitación—. Aquel de allí. Justo donde está aquel barco de vapor. ¿Es el Titlis? ¿Qué altitud cree que debe tener?

—Unos tres mil metros, me imagino —respondió el conductor lacónicamente. Hablaba inglés con un acento casi tan marcado como el de Aladár.

—Tiene que ser bastante más que eso. —Aladár se inclinó hacia el conductor—. El Claridenstock tiene 3.370 metros, y esa montaña es mucho más alta...

—Si ya lo sabe, ¿para qué pregunta? —El conductor fijó su mirada en la carretera.

—Bueno, en realidad no estaba seguro. —Aladár volvió a reclinarse en el asiento—. Mi padre sí que lo hubiera sabido —murmuró—, Dios lo bendiga.

Tomaron por la Bahnhofstrasse y Aladár contempló a la gente que paseaba por la avenida principal de Zúrich. En lugar de las ropas de vivos colores y de los sombreros estilizados que estaba acostumbrado a ver en la Váci Utca de Budapest o en la Ringstrasse de Viena, aquí todo el mundo parecía vestir de negro.

Se preguntó por qué parecían tan tristes, tan aburridos. ¿No eran conscientes de la suerte que tenían de vivir de allí?

—¿Qué opina usted del *Anschluss*? —le preguntó al conductor.

—¿Por qué lo pregunta?

—Quiero decir, ¿qué impresión produce tener a los nazis en la frontera oriental?

El conductor se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay? Los hemos tenido durante años en la frontera norte.

—Ya, pero... ¿no le resulta preocupante lo que está pasando? —Recordó al guardia escribiendo su nombre en el pequeño cuaderno de piel—. Los nazis están empezando a tomar...

—Los austriacos ya tienen lo que querían. ¿No vio cómo recibían a Hitler en Viena con los brazos abiertos? Flores, música, saludos al estilo nazi. ¿No lo vio? En el referéndum, el cien por cien estuvo a favor...

—En realidad, fue el 99,7 por ciento. —Aladár metió la cabeza por la ventanilla de la partición que le separaba del conductor—. Además, el referéndum se llevó a cabo después de la entrada de las tropas nazis... Difícilmente puede considerarse una elección justa.

El conductor se volvió a encoger de hombros.

—Los fascistas se están haciendo con el poder en todas partes. ¡Qué se le va a hacer! —Aparcó bajo un toldo, junto al hotel San Gotardo, y un botones acudió a abrir la puerta.

—Y ahora que ya tienen Austria, ¿qué será lo próximo? —preguntó Aladár.

El conductor echó el freno de mano y señaló el taxímetro.

—Nueve francos, por favor.

Mientras se registraba en el hotel, Aladár advirtió que su habitación era mucho más barata que la última vez que había estado allí con Katalin, el invierno anterior, para hacerse cargo de las cuentas de la familia Blauer tras el fallecimiento de su suegra.

Su habitación en el San Gotardo, uno de los mejores hoteles de Zúrich, ahora sólo costaba doce francos suizos.

La cena era todavía más barata, una auténtica ganga. Por

ocho francos disfrutó de tres platos, que incluían consomé, ternera en salsa con patatas Rösti y, de postre, *zabaglione*.

Después de cenar, Aladár se sentó en el vestíbulo del hotel para leer los periódicos locales. Descubrió que había una nueva película de Jeannette MacDonald —*Tarantella. La espía de Madrid*— y que la estaban dando en el cine Alba, justo al otro lado del río Limmat.

No tenía su cita en el banco hasta el día siguiente, a las diez de la mañana. ¿Por qué no? Quizás una película le sirviera para relajarse.

Pero no fue así. El noticiario proyectado antes de la película ofrecía un reportaje sobre una reciente entrevista de Hitler y Mussolini en Roma. Aladár contempló con horror a los miles de simpatizantes fascistas que abarrotaban la Piazza Venezia y gritaban: «¡Duce! ¡Führer!».

La imagen de la muchedumbre y de los soldados desfilando al paso de la oca por las calles de Roma apartó su pensamiento de la película y de la noche apacible de Zúrich. Se puso a pensar qué ocurriría si estallaba la guerra en Europa. Se preguntó que les pasaría a Katalin, a sus hijos y a él mismo.

Cuando terminó la película, los espectadores desfilaban tranquilamente hacia la salida. En Zúrich todo permanecía en orden, mientras que el resto del mundo parecía girar enloquecido.

El transatlántico estaba atracado en Venecia. Trataba de dirigirse a mar abierto, pero no podía moverse. Estaba fijado al muelle con largas y gruesas sogas. La gente que se hallaba a bordo corría de un lado a otro, confusa y aterrorizada, buscando balsas salvavidas y poniéndose chalecos de salvamento.

Aladár apretaba con fuerza la mano de su hija. Un marino, un joven rubio que se parecía al guardia fronterizo nazi, se llevaba a rastras a su mujer y a su hijo. «¡Katalin! ¡István!», gritaba Aladár. Empezó a correr tras ellos, pero Magda tiraba de él hacia atrás. «¡Papi! ¡Papi! —gritaba—, ¡No te vayas!» Una

mujer embarazada corrió hacia él chillando: «¡Salve a mi hijo! ¡Por favor! ¡Salve a su hija!». Era la mujer del tren.

Se despertó sudando. Todavía estaba oscuro. Echó una ojeada al teléfono que tenía junto a la cama.

—Tranquilo —murmuró—. Sólo era un sueño. Mañana todo estará en orden

Pero no fue así. Recorrió a toda prisa la Bahnhofstrasse, buscando su banco entre los muchos que se alineaban a lo largo del elegante bulevar. «¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó—. ¿Es éste el sitio donde debería depositar todo nuestro dinero?»

Fue leyendo los nombres a medida que pasaba frente a aquellos edificios austeros: Banco Leu, Banco Suizo, Crédito Suizo, Unión Bancaria Suiza, Julius Bär.

«Todos estos bancos están repletos de dinero. La gente debe de acudir aquí por alguna razón —se dijo—. Suiza, la tierra de la paz y la prosperidad, en medio de un torbellino.»

Identificó su banco tras una fila de tilos de color verde esmeralda. El nombre Helvetia Bank de Zúrich figuraba en grandes letras doradas en inglés, francés y alemán, sobre la fachada de granito.

Miró en derredor, buscando a *herr* Tobler, su gestor financiero privado. Tobler le había dicho que le estaría esperando en la entrada del HBZ de la Bahnhofstrasse.

Rudolph Tobler y su padre habían tenido a su cargo todas las cuentas en Suiza de la familia Blauer desde mucho antes de la Gran Guerra, y ahora que el viejo Tobler había fallecido, era su hijo quien había asumido el puesto.

Aladár lo divisó por fin junto a una columna, a la derecha de la puerta principal. Llevaba un traje a rayas, zapatos negros y relucientes y un sombrero de estilo Eden, como el suyo.

Cuando Tobler vio a Aladár, apagó tranquilamente su cigarrillo y entró en el banco sin decir palabra. Aladár recordó que Tobler se estaba limitando a cumplir la regla cardinal de la banca suiza: no reconocer nunca en público a un cliente. En 1935, la Cláusula 47B de la Ley Bancaria de la Federación Suiza había

establecido incluso que era un delito revelar a quienquiera que fuese el nombre de un cliente de cualquier banco suizo.

Al cruzar la puerta principal, Aladár se fijó en dos querubines desnudos, tallados en el dintel de piedra, que observaban, sonreían y protegían a los clientes de uno de los principales bancos privados de Zúrich.

Tobler estaba frente a la puerta del ascensor, en el otro extremo del inmenso vestíbulo de mármol. A su derecha, una larga cola de personas esperaba frente a un mostrador rotulado con la palabra ORO en inglés y francés. Aladár se preguntó si estarían comprando o vendiendo. Probablemente, comprando. El oro era la única cosa que conservaba todavía su valor en aquellos días. No así los bonos, ni las mercancías, ni mucho menos las acciones.

Aladár siguió a Tobler y entró en el ascensor. Éste no hizo ademán de reconocerle todavía. Sin decir palabra, pulsó el botón de la segunda planta, correspondiente a PRIVATKUNDEN – CLIENTES PRIVADOS. Sólo cuando se cerraron las puertas le tendió la mano.

—Qué alegría verle de nuevo, señor Kohen. —Su manera de estrechar la mano era cálida y enérgica—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Es la primera vez que atravieso territorio nazi. Una experiencia angustiosa para alguien con un apellido como el mío.

—¿Por qué? ¿Ha tenido algún problema?

—No, yo no..., afortunadamente. —Aladár recordó a la mujer que se habían llevado los guardias fronterizos en Hegyeshalom—. Gracias a Dios, Katalin tuvo la previsión de mandar por delante todos nuestros objetos de valor. ¿Ha llegado todo?

Tobler asintió.

—Tres maletas. ¿Correcto?

Aladár asintió a su vez.

—Están abajo, en un depósito provisional de la cámara acorazada, a la espera de que decida usted dónde guardarlas.

—Estupendo.

—Pero no pueden seguir ahí mucho tiempo. Probablemen-

te, deberíamos alquilar una caja fuerte en cuanto hayamos terminado aquí arriba.

—Perfecto. —Aladár empezó a rebuscar en sus bolsillos—. Tengo las llaves por aquí...

—No se preocupe. —Tobler le puso la mano en el hombro—. Podemos ocuparnos de eso luego, cuando hayamos hecho las gestiones para abrir una nueva cuenta. Lo primero es lo primero.

El ascensor se detuvo con una sacudida y se abrió a una espaciosa estancia cubierta de paneles de madera reluciente. El conserje les acompañó hasta el otro extremo, donde había varios sillones de cuero. La luz se colaba por una larga hilera de ventanas que se abrían a un patio interior. Aladár advirtió que no había ventanas en el lado del edificio que daba a la calle. Discreción obliga.

Después de sentarse, Tobler sacó dos puros y le ofreció uno a Aladár.

—¿Cómo está la señora Kohen? —preguntó.

—No muy bien. Desde el *Anschluss*, los fascistas húngaros están poniendo las cosas muy difíciles a cualquiera que lleve apellido judío. Se han vuelto especialmente radicales ahora que los nazis están tan cerca.

—No olvide —Tobler encendió el puro de Aladár— que también los tenemos en nuestras fronteras.

—Sí, pero ustedes tienen su neutralidad y eso les protege.

—En apariencia. —Tobler encendió su puro y se acomodó en su sillón—. ¿Y cómo están sus hijos? Magda e István, ¿correcto?

—Sí. —Aladár le dio varias caladas rápidas al puro—. István ya casi es tan alto como yo. Debería entrar pronto en la universidad, si le dejan. —Se arrellanó en el sillón y miró por la ventana—. Y Magda, tan encantadora e irreverente como sólo puede serlo a los diez años. Es muy inocente. No tiene ni la menor idea de lo que se avecina.

Apareció por una puerta lateral un camarero que llevaba una bandeja de plata con dos vasos de agua y dos cafés. Les sirvió en silencio y luego desapareció por la misma puerta.

—Me temo... —Aladár tomó un sorbo de agua—. Me temo que dentro de poco Hungría sea absorbida por el Tercer Reich. Así será, de un modo u otro. Ésa es la razón de que esté aquí. Queremos asegurarnos de que nuestro dinero y nuestros objetos de valor están a salvo. Queremos ponerlo todo en una cuenta nueva, una cuenta cuya existencia no conozca nadie. Sin secretarios, sin contables que la controlen desde Budapest. Ni una sola persona. —Se inclinó hacia delante—. Sólo yo y Katalin. Y usted, naturalmente.

—Y el banco. —Tobler tomó un sorbo de agua.

—Sí, claro —Aladár asintió—. Y quiero que sea una cuenta secreta, de manera que nadie sepa adónde ha ido a parar el dinero.

—Buena idea. —Hizo una pausa—. Pero el banco tendrá que conocer su nombre y su dirección.

—No hay problema. Los banqueros suizos están obligados legalmente a mantener en secreto toda la información de sus cuentas, ¿no es eso?

—Sí. —Tobler miró a su alrededor con cuidado—. Si aplica la ley suiza, en efecto.

—¿Y qué otra ley va a aplicar?

—Es que... —Tobler empezó a rebuscar entre sus papeles—. Quiero decir, si Suiza llegara a ser invadida...

—Pero ¿cómo va a ocurrir eso? Suiza es neutral y lo ha sido durante cientos de años. —Aladár miró fijamente a Tobler—. Suiza salió indemne de la última guerra. ¿Por qué tendrían que ser las cosas diferentes esta vez?

Tobler miró hacia el techo.

—¿Quién sabe de lo que son capaces Hitler y sus compinches?

—Pero los suizos nunca permitirían que los alemanes les invadieran. Esto no es Austria, después de todo.

Tobler asintió.

—Hemos minado todos los pasos de montaña. Y hemos aceptado colaborar con todos los bandos en caso de guerra. Eso forma parte de la neutralidad, desde luego. Pero aun así —miró

a Aladár a los ojos—, no podemos estar seguros de lo que harán los nazis. Están invocando un Reich de mil años, no lo olvide. Un Reich alemán. —Hizo una pausa—. Y ahora tienen Austria en sus manos. ¿Quién cree usted que será el próximo? ¿Los Sudetes? ¿Y luego? ¿Cuántos países más hay de habla alemana?

Tomó otro sorbo de agua.

—Quizá tenga usted razón. —Aladár se arrellanó en su sillón y recordó el sueño de aquella noche, con el soldado nazi y aquel barco en el que perdía a su familia—. Pero ¿dónde voy a poner, si no, el dinero de la familia? No puedo llevármelo otra vez a Budapest o a Viena. Y Ámsterdam o Londres todavía serían más vulnerables a un ataque nazi, ¿no?

Tobler le puso una mano en el hombro.

—Lamento haberle asustado. Estoy seguro de que todo saldrá bien. —Empezó a incorporarse—. Voy a ver por qué se retrasa el banquero que tenía que recibirnos.

—¡No, espere! —Aladár lo cogió del brazo y le hizo sentarse de nuevo—. ¿Hay algún modo de asegurarse de que nuestro dinero no pueda caer nunca en manos de Hitler?

Tobler inspiró profundamente.

—Muchos de mis clientes han optado por una solución diferente; de mis clientes con apellido judío, quiero decir.

—¿Y en qué consiste?

—Muchos han abierto *Treuhandkonten*, cuentas fiduciarias. Son cuentas suizas como las demás, sólo que —Tobler bajó la voz— la cuenta se abre a nombre de otra persona con apellido no judío. De este modo, si Hitler decidiese invadir...

Aladár aguardó a que Tobler concluyera la frase. Al ver que la dejaba inacabada, planteó una objeción:

—Pero suponiendo que los nazis llegaran a apoderarse de Suiza, ¿qué les impediría obligar a los bancos a que les informasen de todas las cuentas judías, como ya están haciendo en Austria?

—Es que los bancos no lo sabrían. —Tobler se inclinó hacia él y le puso una mano en el hombro—. La cuestión con estas cuentas fiduciarias es que los bancos no llegan a saber a quién

pertenecen realmente. Nosotros ni siquiera les informamos de que se trata de cuentas fiduciarias.

—Pero... —Aladár echó un vistazo al conserje, que se hallaba al otro lado de la habitación, tranquilamente sentado ante un mostrador, leyendo el periódico—. Pero si abriese una cuenta fiduciaria..., y si nadie del banco fuese informado, es decir, si nadie supiera que yo soy el verdadero propietario de la cuenta, ¿qué recurso me quedaría en caso de que hubiese algún problema?

Tobler le dio una larga calada a su puro.

—Ésa es la razón de que necesite elegir a alguien de confianza. Alguien que no tenga apellido judío, por supuesto.

—Pero el apellido paterno de Katalin no suena judío. ¿Por qué no podemos poner la cuenta a nombre de los Blauer?

—¿Usted cree que no se darían cuenta de que los Blauer son judíos? La familia Blauer ha venido haciendo negocios en Alemania desde antes de la Gran Guerra. Es imposible que los nazis no llegasen a enterarse, por mucho que se trate de un apellido ario.

Tobler le dio otra calada al puro y luego lo depositó con cuidado en el cenicero de plata.

—No tiene que elegirme a mí, dicho sea de paso. Puede elegir a quien quiera: un abogado, un banquero, cualquier persona. Si hay alguien en quien usted crea poder confiar más que en mí...

—La verdad es que no hay nadie en Suiza en quien yo tenga más confianza. Y usted sabe que le prometí al señor Blauer que continuaría recurriendo a sus servicios y a los de su padre para administrar su dinero aquí en Suiza. Es sólo que... —Aladár se apartó un largo mechón de pelo que le había caído sobre los ojos—. No sé...

—Muy bien. —Tobler se puso de pie—. Entonces abra una cuenta normal como había planeado en un principio. —Parecía enfadado—. Pero recuerde que aunque yo administre los fondos de sus cuentas en Suiza, alguna persona de cada banco debe hacerse responsable nominalmente, lo cual quiere decir conocer el nombre y la dirección del propietario de la cuenta.

—Mientras que si abrimos una cuenta fiduciaria, ellos sólo le reconocerán a usted como titular.

Tobler asintió.

—Se supone que deberíamos informar al banco por cortesía cada vez que abrimos una cuenta fiduciaria. Pero no estamos obligados a hacerlo, al menos desde un punto de vista legal. —Miró fijamente a Aladár—. Usted decide, señor Kohen, pero tiene que tomar la decisión antes de que nos reunamos con el banquero. —Echó un vistazo a la gran puerta de madera que había al fondo—. Una vez que le haya dicho de quién es la cuenta realmente, ya no podrá cambiar usted de idea. Dígame qué es lo que quiere hacer.

Aladár sacudió la cabeza lentamente.

—No sé... No es fácil tomar una decisión como ésta.

—Si quiere, podemos empezar por poner todas sus cosas en una caja fuerte. Eso le permitirá pensarlo un rato más.

—Es que... ¿Cómo puedo poner todo mi dinero, el dinero de la familia de mi mujer, en manos de otra persona? —Aladár bajó la vista y se concentró en los intrincados dibujos de la alfombra oriental que tenía a sus pies—. No sé qué hacer.

—Entonces voy a ver si podemos aplazar nuestra reunión.

Mientras Tobler se alejaba, Aladár continuó mirando la alfombra fijamente.

«No puedo permitirme un error —se dijo—. No en este momento, cuando la guerra está a punto de estallar en toda Europa.»

Un detalle del borde de la alfombra atrajo su atención. Parecía como si hubieran entretelado pequeñas esvásticas en su intrincado diseño. En la India era un símbolo muy común, tuvo que recordarse a sí mismo. Pero ver aquel odioso signo del poder nazi en el mismísimo corazón de Suiza le hizo sentirse incómodo.

Los relucientes zapatos de Tobler reaparecieron de repente junto a la alfombra.

—¿Ha tomado una decisión? —preguntó con calma.

Aladár levantó la vista. Negó despacio con la cabeza.

—Entonces vayamos abajo y empecemos por poner sus cosas en una caja fuerte.

Ayudó a Aladár a incorporarse y lo guio hacia el mostrador del conserje.

—Pero recuerde: antes de abandonar el banco tiene que decidir qué tipo de cuenta desea abrir. Cada caja fuerte debe estar vinculada a una cuenta de un tipo u otro.

Tobler se volvió y empezó a hablar con el conserje en suizo-alemán. Tenía un aspecto tranquilo, muy seguro de sí mismo, pensó Aladár. Para él todo resultaba muy fácil. ¿Y por qué no, desde luego? Era ciudadano suizo y tenía un estupendo apellido ario.

En el sótano del Helvetia Bank de Zúrich hacía calor y el aire parecía viciado. Aladár sentía claustrofobia y la decoración tampoco ayudaba mucho. Las columnas y las vigas estaban cubiertas de miles de hojas de papiro y de flores de loto pintadas. Parecía como si el banco hubiera contratado a un director de Hollywood de segunda fila para cubrir los muros de la cámara acorazada con intrincados motivos egipcios que confiriesen al lugar una sensación de eternidad. Pero lo único que conseguían era que aquella estancia resultara todavía más agobiante.

Tobler condujo a Aladár hasta una puerta de acero entreabierta. Encima, figuraba la palabra SAMMELRAUM – TESORO en letras doradas. Aladár echó un vistazo al interior. La habitación estaba llena de baúles, pinturas y maletas de todos los tamaños.

—¿De dónde salen todas estas cosas? —susurró.

—Son un signo de los tiempos que estamos viviendo, me temo. —Tobler cruzó la puerta y lo guio por el estrecho pasillo que dejaban libre los objetos amontonados: cajas, maletas y cuadros apilados por el suelo y también en estantes de madera—. Este lugar ha estado lleno de cosas desde el *Anschluss*.

—¿No es eso un picasso? —Aladar señaló con excitación un cuadro apoyado en uno de los estantes de la derecha—. ¡Y ese de allí es un kandinsky! —La mayoría de los cuadros apoyados

junto a las paredes estaban perfectamente embalados y atados. Muchos tenían nombres escritos en los envoltorios. Aladár observó que casi todos eran nombres judíos.

Trató de apartar una maleta de cuero que le bloqueaba el paso entre los estantes, pero no consiguió moverla. Intentó levantarla para sacarla de en medio: era demasiado pesada. «Sólo hay una cosa que pueda pesar tanto —pensó—. El oro.»

—*Nein! Hände weg!* —le gritó el guardia. ¡No toque nada!

—Perdón —murmuró Aladár—. No sabía...

Tobler le puso una mano en el hombro.

—Sus cosas están por allí. —Le guio por la habitación hasta un estante que estaba a rebosar.

Como la mayoría de cajas y baúles que había en aquel lugar, las tres maletas de Aladár estaban etiquetadas con un sello de plomo atado al asa con bramante de color marrón oscuro. El guardia colocó las maletas en un carrito de madera y se las llevó fuera de la habitación, que olía a cerrado.

Aladár y Tobler le siguieron en silencio hasta otra estancia, más grande y mejor iluminada, rotulada también con la palabra TESORO.

Las paredes estaban cubiertas con centenares de puertas metálicas. Algunas de aquellas cajas fuertes eran sólo como una caja de zapatos; otras, tan grandes como un ataúd. Tobler se dirigió al fondo de la estancia, a una de las de mayor tamaño.

El guardia le entregó una pequeña llave de plata; luego metió otra idéntica en una de las cerraduras y aguardó a que Tobler insertase la suya. Los dos las hicieron girar al mismo tiempo. El guardia abrió entonces la puerta de lo que resultó ser una cámara semejante a un armario con estantes de madera. Sacó su llave y, antes de irse, murmuró unas palabras en un suizo-alemán ininteligible.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Aladár.

—Sólo que le avisemos cuando hayamos terminado. Tenemos que usar ambas llaves para cerrar la caja fuerte. De este modo, nadie puede abrirla sin el conocimiento del banco.

Tobler se agachó para abrir la primera maleta del carrito.

—¿Tiene las llaves? —le preguntó.

Aladár tuvo que rebuscar en sus bolsillos antes de que apareciesen las llaves que Katalin le había entregado en Budapest.

Tobler introdujo una de ellas y abrió la primera maleta de piel, rompiendo el sello que habían fundido sobre su parte delantera. Levantó la tapa con cuidado.

—Tiene suerte de contar con tan buenos contactos en la embajada. El correo diplomático es ahora el único capaz de pasar objetos a través de la frontera.

Tobler sacó varios paquetes cuidadosamente envueltos, cada uno de ellos numerado y atado con cordel.

—Todo esto lo hizo el personal de la fábrica —dijo Aladár—. Utilizaron los antiguos contactos de los Blauer en la embajada para enviarlo hasta aquí. Yo no tuve que intervenir siquiera.

Se sentó en el frío suelo de piedra y observó a Tobler, que estaba abriendo el primer paquete.

También el contenido de aquellas maletas, pensó Aladár, había estado en manos de otras personas y, sin embargo, todo parecía haber llegado intacto.

—Mire esto. —Tobler le entregó una caja de madera con incrustaciones de marfil y madreperla—. Es muy pesada.

—A ver qué hay dentro. —Aladár abrió el cierre dorado—. Seguro que Kati me preguntará si ha llegado todo bien. —Al levantar la tapa varios lingotes de oro cayeron al suelo—. ¡Vaya por Dios!

—No se preocupe. —Tobler se acercó a recogerlos—. No se rompen. —Lo miró con una sonrisa—. E incluso si se rompiesen, no importaría. El oro se vende a peso, más allá de cuál sea su forma.

Depositó los lingotes en el estante más alto de la caja fuerte y empezó a desenvolver otro paquete.

Entre tanto Aladár abrió un cajoncito en la base de la caja con incrustaciones que tenía todavía en sus manos y encontró cuatro relojes antiguos. Dos de ellos tenían tapas de esmalte pintadas a mano; había uno de plata grabada y otro de oro. Co-

gió este último y lo examinó con atención. La tapa posterior era de vidrio y mostraba el mecanismo.

—No sabía que los Blauer tenían tantas cosas. Todo esto debía de estar guardado en la fábrica. Nunca lo había visto en casa.

—¡Mire! —Tobler sacó una bolsa de fieltro azul y se la alcanzó a Aladár para que examinara su contenido—. Son napoleones.

Aladár extrajo un puñado de monedas de oro.

—¿Los había visto alguna vez? —Tobler cogió una de las que tenía Aladár en la mano y la acercó a la luz—. ¿Ve? Es *Marianne, symbole de la France* —dijo en perfecto francés—. Tiene que haber varios centenares.

—Me pregunto cuál será su valor. —Aladár volvió a meter la mano en la bolsa y deslizó sus dedos entre las monedas.

—Varios centenares de miles de francos, estoy seguro. De francos suizos, desde luego. —Tobler abrió otro paquete—. Con la caída actual de los precios de la propiedad, bastarían las monedas de esa bolsa para comprar una villa junto al lago. —Sacó un estuche forrado de terciopelo y se lo entregó a Aladár—. Esto parece importante.

Aladár lo abrió y vio en su interior un exquisito collar de diamantes. Incluso a la tenue luz de la cámara, refulgía de un modo espectacular.

—Conozco este collar. —Lo sacó de la caja y lo sostuvo en su mano para examinarlo mejor. Tenía tres colgantes a cada lado, y cada uno de ellos ostentaba un gran diamante tallado—. Katalin se lo puso en el baile de la Ópera de 1922. —Deslizó sus dedos por las piedras preciosas—. La alta sociedad de Budapest trataba de superar en elegancia a la de Viena. Y creo que aquella noche lo consiguieron. —Acercó el collar a la luz—. Los Blauer me permitieron acompañar a su hija... Sólo aquella vez, o eso creían ellos. Estoy seguro de que nunca imaginaron que su pequeña princesa se acabaría enamorando del hijo de un pobre profesor.

Aladár contempló el collar, recordando cómo resplandecían sus diamantes en el cuello de Katalin aquella noche, y lo feliz

que se sentía ella: lo felices que se sentían los dos. Les parecía algo natural, como si hubiera de ser así para siempre. Y ahora, menos de dieciséis años después, el señor y la señora Blauer estaban muertos y sus preciadas posesiones se hallaban ocultas en una cámara de atmósfera enrarecida bajo las calles de Zúrich. Ahora le correspondía a él encargarse de preservar todo su patrimonio para las siguientes generaciones.

Observó a Tobler, que estaba abriendo la segunda maleta. Se hallaba repleta de acciones y bonos, meticulosamente apilados y atados con cinta de color burdeos. Tobler los fue colocando con cuidado en el suelo, junto al carrito.

Aladár se arrodilló y leyó el título del primer documento. Estaba en inglés: «Préstamo del Estado del Reino de Hungría, 1924». Bajo el sello de Saint Stephen decía: «Bonos oro del fondo de amortización al 7,5 por ciento emitidos en Estados Unidos de América. Valor nominal: 1.000 dólares».

—¿Cuántos habrá de éstos? —preguntó.

—Unos cuantos centenares, supongo. —Tobler deslizó los dedos por el fajo—. Lo cual significaría varios cientos de miles de dólares en bonos sólo en este montón..., en caso de que llegaran a canjearse. —Colocó más fajos de acciones en el suelo.

—Asombroso. —Aladár se arrodilló y leyó algunos de los nombres en voz alta—. Sociedad Metalúrgica de L'Oural Volga, Ferrocarriles del Reino de Rumanía, Gobierno de Checoslovaquia... ¿Por qué no las pone en la caja fuerte? —preguntó.

—Porque debería usted venderlas. —Tobler había empezado a llenar la caja fuerte con las joyas y las barras de oro de la tercera maleta—. Y creo que debería hacerlo de inmediato. Estaremos de suerte si conseguimos obtener su valor íntegro.

—Pero si han enviado aquí las cosas es para guardarlas, no para deshacerse de ellas. —Aladár echó una ojeada a los últimos títulos—. Aquí tiene que haber cerca de un millón de dólares en valores: el grueso de la fortuna de los Blauer.

—Por eso debería venderlos. —Tobler se puso en pie y se sacudió el polvo de las manos—. Tiene que comprender que si estalla la guerra, estos títulos no tendrán ningún valor.

—¿Por qué? —Aladár señaló el texto que figuraba bajo el sello estatal húngaro en el primer montón de bonos—. Aquí dice que están respaldados con oro. En Estados Unidos, además.

—Exacto. En caso de que haya guerra, Hungría estará casi con toda seguridad del lado de los alemanes, lo cual significa que si Estados Unidos decidiera hacer frente a los nazis, el oro que respalda estos bonos sería requisado como propiedad del enemigo.

—Apuntó con el dedo a Aladár, que seguía arrodillado—. Y usted, como ciudadano húngaro, se convertiría en un enemigo. Todos sus bienes en Estados Unidos serían incautados.

—¡Pero yo soy judío!

—Eso no importa. Usted sigue siendo un ciudadano húngaro.

Aladár miró a su alrededor, confuso.

—¿Me está diciendo que sería persona non grata para ambos bandos?

—Me temo que sí. —Tobler se limpió las manos con su pañuelo—. Ahora bien, si sus bienes estuviesen a mi nombre, puesto que Suiza es un país neutral, no habría el menor problema. —Amontonó las maletas vacías en el carrito y lo empujó hasta la puerta—. Pero tiene que ser usted quien tome la decisión.

—Ya lo sé. —Aladár alargó el brazo y cogió una de las barras de oro del estante superior. Leyó la inscripción: UBS/SBG 1 KILO ORO DE LEY 999,9 CONTRASTE FUNDIDOR. Debajo había un número de serie de ocho dígitos. Los cuatro últimos, según advirtió, eran 2499, justamente la altitud del monte Rysy, uno de sus picos favoritos en los Tatras.

Colocó la barra con cuidado en su estante y se volvió hacia Tobler.

—Pero si yo abriera una de esas cuentas fiduciarias, ¿qué ocurriría... si algo le pasara a usted?

—¿Si yo muriese, quiere decir? —Se secó la frente con el pañuelo—. Lo que hacemos con mis otros clientes es preparar un documento que describe las condiciones de la cuenta fiduciaria y expone detalladamente lo que ocurriría en todas y cada una de las eventualidades posibles. Lo esencial es que mis here-

deros tendrían que mantener todos estos bienes bajo custodia, y siempre en beneficio de usted y de su familia, tal como haría yo si siguiese vivo.

Volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo.

—Este documento —prosiguió— se guarda en mi caja fuerte privada, junto con mi testamento y otros papeles personales.

—¿Y sus clientes están satisfechos con este arreglo?

Tobler asintió.

—Ellos saben que todo este procedimiento tiene por finalidad mantener todos los documentos relativos a la cuenta fiduciaria fuera del alcance de los bancos: lo más lejos posible de ellos. De este modo, si los nazis llegasen a invadir Suiza, lo único que encontrarían en el HBZ sería una cuenta a mi nombre. Nada más.

—¿Y si nos ocurriera algo a mí y a Katalin? —preguntó Aladár.

—La cuenta le pertenecería siempre a usted y a sus herederos, más allá de lo que pudiese ocurrir. Según la ley suiza (y según la ley húngara, creo) su patrimonio sería dividido entre sus hijos.

—¿Significa eso que tendría que informarles sobre esta cuenta?

—Eso tendría que decidirlo usted, señor Kohen.

—István, por supuesto, debería saberlo —murmuró Aladár—. Pero no podría contárselo a Magda. Todavía no. Es demasiado joven. Si llegaran a interrogarla los nazis...

—Usted tiene que decidir qué es mejor.

Tobler se volvió hacia la caja fuerte y empezó a alinear las barras de oro en filas bien ordenadas.

—Si decide abrir una cuenta fiduciaria, yo subiré y rellenaré un formulario. Simplemente. Puesto que la cuenta estará a mi nombre, lo único que tengo que hacer es firmar el formulario y ellos me facilitarán un número sin hacer preguntas.

Se volvió hacia Aladár.

—Luego usted lo transferiría todo a la nueva cuenta desde todas las demás. Si quiere hacerlo, le sugiero que utilice una

cuenta anónima de otro banco como paso intermedio, de tal manera que el dinero no vaya directamente a la cuenta fiduciaria. Así, nadie será capaz de seguir el rastro de la operación ni de averiguar adónde fueron a parar los bienes de sus antiguas cuentas.

—Típica eficiencia suiza.

Tobler se volvió hacia la caja fuerte y continuó apilando las barras de oro.

—No obstante, debería mantener al menos una pequeña cuenta abierta a su nombre y depositar allí una cantidad moderada en dinero y valores: lo suficiente para mantenerla activa. De este modo, si alguien llegase a aparecer buscando su dinero, algo encontraría. Sería poco realista pensar que alguien con los medios de su familia no habría de tener al menos una cuenta en Suiza.

—Ha pensado usted en todo, ¿no?

—Por cierto, esa pequeña cuenta debería mantenerse totalmente aparte de la cuenta fiduciaria. Y puede conceder poderes a los miembros de su familia sobre esa cuenta-tapadera, de modo que tengan acceso a ella en cualquier momento, como ocurre con cualquier otra cuenta de un banco suizo.

—¿Y si mi familia quisiera acceder a la cuenta fiduciaria?

Tobler le rodeó los hombros con su brazo.

—En ese caso, lo único que tendrían que hacer es venir a verme. Voy a avisar al guardia —añadió dirigiéndose hacia la entrada—. Cuando regrese, usted tiene que haber decidido qué tipo de cuenta quiere abrir. Necesitamos esa cuenta para alquilar la caja fuerte. Cada caja de seguridad debe estar vinculada a una cuenta.

—Pero ¿qué pasará si hay guerra —preguntó Aladár— y nos quedamos atrapados en Hungría?

—En ese caso... —Tobler retrocedió hacia él—, no tendría que hacer nada. Yo estaría aquí. Me ocuparía de la cuenta. Cuidaría de todo en su lugar.

—¿Y cómo va a cobrar usted, si yo estoy atrapado en Hungría?

Tobler sonrió.

—No se preocupe por eso. Si usted me da su permiso, yo puedo deducir mi tarifa habitual del 0,5 por ciento anual de la propia cuenta. —Miró a Aladár a los ojos—. Aunque la mayoría de mis clientes con una cuenta fiduciaria han optado por una solución más simple: prefieren hacerme un pago único del 5 por ciento, a cobrar sólo cuando la cuenta esté de nuevo en sus manos. Cuando todo esto haya terminado.

—¿Y si la guerra dura más de diez años?

—Pues entonces acabaré trabajando gratis. —Tobler esbozó una sonrisa—. Pero dudo que ninguna guerra llegue a durar tanto. Estoy seguro de que los ingleses, los franceses y los rusos plantarán cara a Hitler tarde o temprano. Y si América se suma a ellos... —Le estrechó la mano con fuerza—. No se preocupe. Mientras yo viva, incluso aunque yo no esté, su cuenta seguirá siempre aquí, esperándole.

Salió de la cámara acorazada y Aladár se quedó junto a las maletas vacías. Se sentía cansado, confuso y solo. ¿Cómo iba a entregarle toda su fortuna —el patrimonio entero de su suegro— a otro hombre? ¿Cómo podía depositar su confianza en alguien a quien apenas conocía? Pero si no podía confiar en Tobler, ¿en quién podría confiar?

Se quitó la chaqueta, buscó su pañuelo y se secó la frente. La estancia empezaba a oler a lana húmeda.

Se sentó en el carrito, junto a las maletas. «Quizá debería llamar a Katalin —se dijo—. Pero ¿qué va a decir ella? Haz lo que te parezca mejor, querido.»

En el fondo, sin embargo, estaba seguro de que si algo salía mal ella no se lo perdonaría nunca.

Bajó la vista y se dio cuenta de que tenía aún en la mano izquierda el collar de diamantes. Se dirigió a la caja fuerte y puso el collar sobre las barras de oro, situando con cuidado el gran diamante central sobre el número de identificación de la barra que tenía como terminación el 2499, la altitud exacta del monte Rysy.

De este modo, si alguien lo tocaba en su ausencia, él lo sabría.